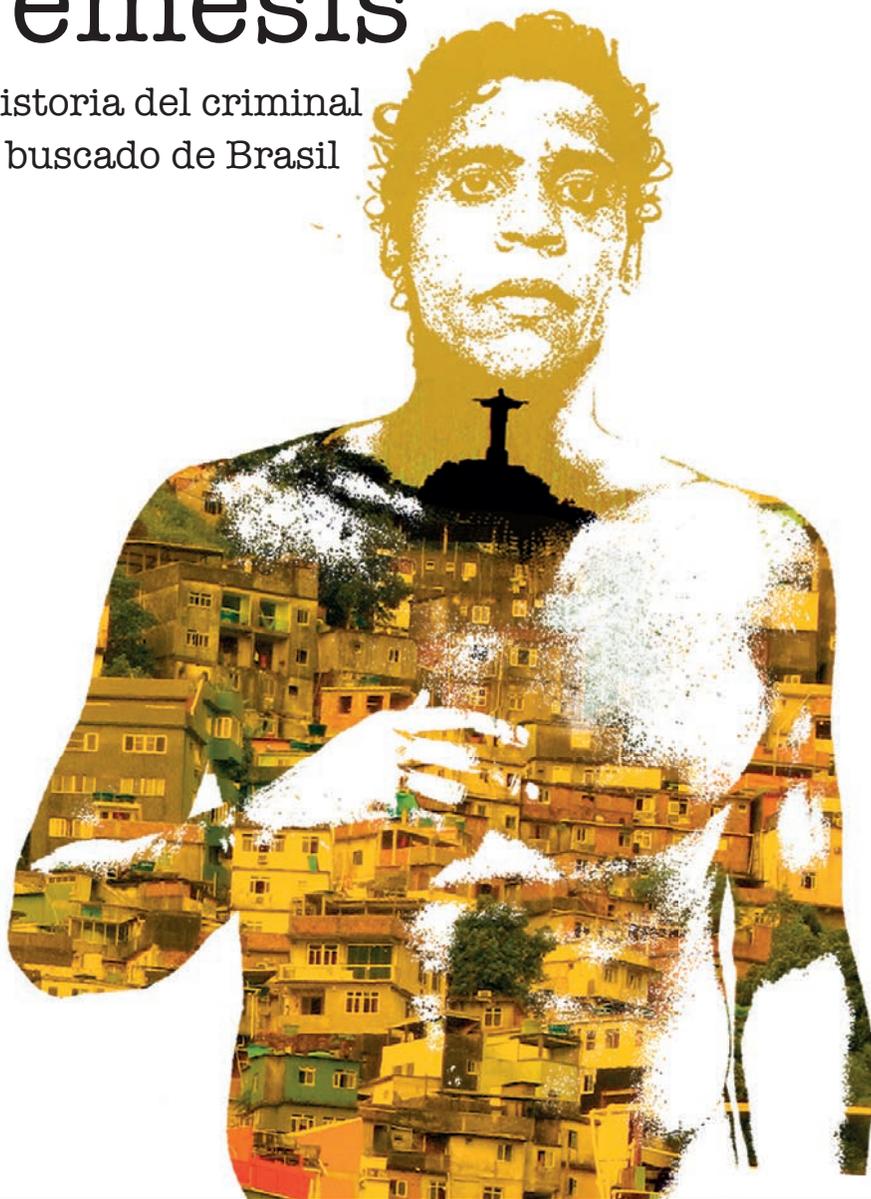

Misha Glenny

Némesis

La historia del criminal
más buscado de Brasil



PENÍNSULA REALIDAD

Némesis

Misha Glenny

La historia del criminal
más buscado de Brasil

Traducción de Juanjo Estrella

ediciones península

Título original: *Nemesis. One Man and the Battle for Rio*

© Misha Glenny, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2016

© de la traducción del inglés: Juanjo Estrella González, 2016

© de los mapas, Bill Donohoe

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
REIMBOOK - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-14.708-2016
ISBN: 978-84-9942-539-9

ÍNDICE

Prefacio	17
Prólogo: La detención (I)	23

PRIMERA PARTE PROTAGONISTA

1. Eduarda	33
2. Favela	47
3. Cocaína	63
4. Cadáveres	75
5. Hundimiento moral	91
6. Monte arriba	101

SEGUNDA PARTE ARROGANCIA

1. Masacre	107
2. Orlando Jogador	115
3. La ley de Lulu	129
4. Fractura	143
5. La Pasión de Rocinha	155
6. La balada del hombre flaco	165
7. El rey ha muerto	175
8. Bem-te-vi	181

TERCERA PARTE
NÉMESIS

1. El gran cambio	193
2. Una mano amiga	201
3. Ocuparse del negocio	213
4. No estamos solos	223
5. Tiempo de explosiones	231
6. La novia de Nem	239
7. Némesis	247
8. La batalla de Río	253
9. La edad de oro de Rocinha	261
10. Política	271
11. El hotel Intercontinental	277

CUARTA PARTE
CATARSIS

1. Primer contacto	291
2. La toma de Alemão	297
3. Confesiones	305
4. Luana y Andressa	313
5. La detención (II)	323
Epílogo	341
Apéndice	359
Créditos de la imágenes	363
Agradecimientos	365
Notas	369
Índice analítico	375

EDUARDA

Diciembre de 1999-junio de 2000

Vanessa dos Santos Benevides no duerme. Su bebé llora con una insistencia desconocida.

¿Será el bochorno? El final de la primavera, en Río, es caluroso y húmedo, y anuncia la llegada del río volador. Esa terca peregrinación de nubes cargadas de precipitaciones se congrega, al principio, a más de tres mil kilómetros al norte de la ciudad, cuando una cantidad incalculable de toneladas de agua se eleva desde el Amazonas y sus selvas y viaja hacia el sur. Sitiado hacia el oeste por la cordillera de los Andes, el río volador avanza hacia el este formando una gran curva para descargar sobre las tierras costeras e interiores del centro y el sur de Brasil.

En Río desata diluvios que en cuestión de segundos reducen la visibilidad a dos o tres metros. Todos los años esas lluvias traen destrucción y muerte en forma de inundaciones y corrimientos de tierras. En los periódicos y los programas de televisión se informa de historias espantosas de familias sepultadas bajo inmensas cantidades de barro y piedras: algunos en el interior de sus vehículos, otros en sus casas o en autobuses arrastrados por torrentes. Los cariocas más vulnerables viven en los barrios de chabolas de la ciudad: las favelas.

Las tormentas causan los peores estragos en esas comunidades. Las favelas suelen crecer por las muchas colinas y montañas de Río. Un corrimiento de tierras en esos terrenos puede sepultar a decenas de personas en cuestión de segundos. Los precarios sistemas de desagüe, las alcantarillas al aire libre, las montañas de basura putrefacta y las rudimentarias técnicas de construcción no permiten resistir la presión de ese inmenso volumen de agua. Las densas marañas de cableado eléctrico crean cortocircuitos y arden en llamaradas un momento antes de ser apagadas por la inundación. Los adoquines y los peldaños de las escaleras se sueltan y descienden ladera abajo, hasta los torrentes.

Cuando las nubes se dispersan, la humedad se mantiene elevada en el aire, a unos niveles apenas tolerables. En las colinas, de noche, la falta de aire acondicionado dificulta el sueño en esa jungla de ruidos: alaridos de monos, ladridos de perros, vibraciones de altavoces de fiestas que no terminan nunca, el repiqueteo ocasional de las armas semiautomáticas, hombres y mujeres alterados enzarzados en combates verbales, tal vez borrachos, tal vez simplemente hartos los unos de los otros.

En una de esas noches, Vanessa, la joven madre, no puede dormir. La fatiga hace mella en la exquisita piel marrón claro de su rostro normalmente sereno. Falta poco para la Navidad de 1999. Su hija Eduarda es tan pequeña que no aparenta los nueve meses y medio que ya ha cumplido, y sus gritos no cesan. Vanessa la levanta para consolarla y nota que está sudando más que otras veces con el mismo calor. Tiene el cuello rígido, vuelto inflexiblemente en ángulo, de modo que mantiene la cabeza apoyada constantemente en el hombro izquierdo. Por la mañana, su marido, Antônio, lleva a la niña al médico.

La trabajadora sanitaria local coincide con Vanessa en que seguramente la niña ha dormido en una mala postura. De ahí el cuello torcido. Decide ponerle un collarín.

Una semana después el cuello sigue completamente rígido, y la niña grita de dolor. La madre de Eduarda la lleva entonces a las urgencias de un hospital local.

Antônio se va a trabajar, aunque lo asalta un incipiente sentimiento de culpa. Teme que tal vez tenga algo que ver con la situación agonizante de su hija. Su despacho, como el hospital, está en Gávea, uno de los tres distritos extraordinariamente ricos que rodean Rocinha, donde nació y se crió.

En los últimos años, Antônio ha ido ascendiendo puestos en su empresa, Globus Express, hasta convertirse en jefe de equipo a cargo de la distribución de *Revista da NET*, la principal publicación sobre programación televisiva. Es responsable de gran parte de la Zona Sur, el área que incluye la mayor parte de los lugares destacados de la ciudad, como la gran escultura de Jesús en el monte Corcovado y las playas de Copacabana e Ipanema.

Con sus modestos salarios, Antônio y Vanessa han ahorrado lo suficiente como para dejar el diminuto apartamento de su madre y trasladarse a uno propio, también diminuto. No es gran cosa, pero es un principio, y la llegada de Eduarda —Duda—, una niña alegre y tranquila, ha traído calor a su hogar. El padre y la madre se sienten afortunados, y miran el futuro con esperanza.

Pero la criatura lleva ya un mes en el hospital, y su enfermedad empeora día a día. Los médicos le recetan varios medicamentos, pero ninguno funciona. Creen que podría padecer osteomielitis tuberculosa, una enfermedad rara, asociada, que afecta a los huesos de enfermos de tuberculosis. Le ha aparecido un bulto en el lado derecho del cuello, y ya ha alcanzado el tamaño de un huevo.

Antônio se hunde cuando se entera. Da por sentado, erróneamente pero razonablemente, que él le ha contagiado la tuberculosis a su hija, pues la enfermedad es endémica en los barrios más pobres de Río. Hay carteles colgados en lugares destacados, a la entrada de Rocinha, en los que puede leerse: «¿Más de tres semanas tosiendo? Ve al médico. Podrías tener tuberculosis».

La enfermedad, que se propaga por el aire, se expande más deprisa en zonas densamente pobladas, sobre todo en las favelas, en las que familiares y amigos comparten espacios muy reducidos. Rocinha presenta la mayor incidencia de tuberculosis en todo el estado de Río y, en algunos años, de todo Brasil. Actualmente, unos cincuenta y cinco habitantes del barrio se contagian todos los meses.

Apenas unos días antes del nacimiento de Duda, a Antônio había empezado a dolerle la garganta. La cosa empeoró, porque siguió trabajando bajo el sol y la lluvia. Además, no comía bien. Prefería guardarse los tickets de comida —una segunda moneda de cambio en la favela— para asegurarse de que su madre y su mujer embarazada se alimentaran correctamente. A pesar de la fiebre y de un dolor de cabeza tan intenso que le provocaba alucinaciones, siguió trabajando hasta un día en que cayó desplomado. Fue entonces cuando le diagnosticaron tuberculosis.

Su hija nació cuando él se encontraba hospitalizado. Le prohibieron acercarse a ella durante dos semanas, y después le pidieron que no durmiera en casa, porque la niña corría el riesgo de contagiarse.

Ahora que Duda está enferma, Antônio está convencido de que ha sido él quien le ha transmitido la enfermedad, a pesar de que ya hace varios meses le comunicaron que estaba libre de la infección.

Empiezan a administrarle antibióticos a Duda, pero ella sigue empeorando. Ha perdido el apetito, lo que dificulta aún más su capacidad de sobreponerse a lo que sea que la está afectando. Por primera vez sus padres toman conciencia de que su pequeña podría morir.

Desesperada, Vanessa juega su última carta. Gracias al modesto plan de salud de Antônio, financiado por su empresa, tiene derecho a escoger a un médico privado de una lista. Ella elige un nombre al azar, en una decisión que, con el tiempo, considerará guiada por Dios.

Sosteniendo con fuerza a la niña, avanza cuesta abajo por la empinada y serpenteante calle principal de Rocinha, Estrada da Gávea. Abajo, el océano Atlántico se encuentra con la playa en el moderno São Conrado. Tras ella, las hileras torcidas de casas pintadas de colores vivos surgen entre la frondosa vegetación de la ladera, dibujando el paisaje característico de la favela.

En la ladera del cerro, la carretera cruza una autopista que, hacia el oeste, constituye una de las salidas de Río. Todas las mañanas, decenas de miles de personas se suben en ese punto a unos autobuses atestados para ir a trabajar a las zonas ricas de la ciudad, donde ejercen de criadas, chóferes, limpiadoras, jardineros, dependientes, chicos de los recados y camareros. Vanessa se monta en un autobús lleno hasta los topes. En la mayor parte de las caras se refleja un gesto de resignación alestargada. El vehículo se pone en marcha a trompicones, y con cada bache el cuello hinchado de la pequeña va de lado a lado. La experiencia resulta tan claramente dolorosa que, después de la visita al médico, la madre no soporta la idea de regresar en el mismo autobús y se gasta una porción considerable de sus menguantes ahorros en taxis.

La consulta de la doctora se encuentra en Barra de Tijuca, una zona residencial que suele compararse a Miami tanto por su estilo como por su tamaño, dado su rápido crecimiento en las décadas de 1980 y 1990. A apenas diez minutos en coche atravesando dos túneles, pero lejos, muy lejos de la favela, en Barra se suceden los amplios bulevares flanqueados de casas elegantes y bloques de apartamentos señoriales, de estilo americano, rodeados de zonas comunitarias valladas. Todo ello salpicado de varios centros comerciales enmarcados por chillonas luces de neón y carteles inmensos. El espectacular incremento de la violencia urbana durante las dos décadas de la expansión de Barra explica la huida de la clase media a esta zona. Las montañas y lagos que en gran medida la separan del resto de la ciudad potencian, tal vez, una mayor sensación de seguridad.

Hay en Barra algo de anodino, de artificial, pero los servicios son buenos. La doctora examina a Eduarda y dice que ella también sospecha que pueda tener tuberculosis. La fiebre, acompañada de bultos como el que la pequeña presenta en el cuello, puede ser síntoma de la enfermedad. Sin embargo, dado que el tratamiento no está dando resultado, deriva a Duda al Instituto Fernando Figueira, el centro médico de la ciudad especializado en niños, adolescentes y mujeres.

Allí los médicos sorprenden a Antônio y Vanessa al informarles de que su hija no es tuberculosa. «Queremos hacerle una biopsia —dice uno de ellos. Y la siguiente frase les hace saltar las lágrimas—. Creemos que puede tener cáncer.»

Su rutina cambia. Vanessa permanece día y noche al pie de la cama. Antônio modifica su horario laboral para poder turnarse todo lo posible con su mujer. Los dos están cada vez más cansados. Deben someter a la pequeña Duda a anestesia general para hacerle la biopsia, lo que añade angustia a su situación. Tres días después, le extraen una muestra del tejido del bulto que presenta en el cuello.

Ya están listos los resultados. Las pruebas son negativas. No hay cáncer.

Llega el nuevo milenio, y con él una nueva pregunta: si no es cáncer, ¿qué es? La niña sigue sufriendo grandes dolores. Por debajo de la piel, las lesiones crecen y llegan al cráneo y a la columna vertebral.

Más pruebas.

En esa ocasión la llevan a la unidad de pediatría del hospital de Lagoa, situado junto a una gran laguna que actúa como centro de la Zona Sur. Cuando Vanessa llega allí con Duda, las doctoras Soraia Rouxinol y Maria Celia Guerra la reconocen superficialmente. Cuando se quedan a solas, la doctora Guerra hace un gesto y dice: «Histiocitosis X».

Se trata de un diagnóstico sorprendente y, según acaba demostrándose, acertado.

Sorprendente porque la histiocitosis X —o, por llamarla por su nombre completo, la histiocitosis de células de Langerhans (HCL)— es muy poco común.

Los médicos se enfrentan a dos problemas tras el diagnóstico: se trata de una enfermedad rara, que afecta a una persona de cada doscientas mil. Parte del personal de Lagoa considera que Eduarda podría ser el primer caso registrado en Brasil. Además, el diagnóstico no es ciento por ciento seguro: las grandes variaciones en la manifestación de la enfermedad entre un paciente y otro complican mucho la misión.

Si bien estrictamente no se trata de cáncer, la HCL reproduce ciertos procesos asociados a dicha enfermedad —sobre todo la clonación de células defectuosas, que posteriormente reciben el ataque constante del sistema inmunitario del propio cuerpo—. Antônio la describe como la causante de hacer que los huesos de Eduarda se desmoronen.

Solo en los últimos años los investigadores han sido capaces de hallar la causa genética más probable de la enfermedad. A principios del año 2000 aún no se comprendía, y los estudios especializados sobre el tema eran escasos.

Como en el caso de la tuberculosis, esta enfermedad es más peligrosa para los menores de dos años que para niños de más edad. Los potentes medicamentos que se usan para combatirla curan a entre un 80 y un 90 por ciento de los pacientes. Si no se trata, resulta mortal en algunos enfermos, pero no en todos. En algunas ocasiones, desaparece de manera tan impredecible como llega.

Aún débil, a Eduarda le programan unas sesiones muy agresivas de quimioterapia, además de cirugía. Sin embargo, por primera vez sus padres sienten algo de alivio: les parece vislumbrar un camino que puede sacarlos de la pesadilla en la que viven.

Vanessa ya se ha visto obligada a dejar de trabajar, y la reducción de los ingresos familiares los lleva a retrasarse en el pago del alquiler. No les queda más remedio que regresar a

casa de la madre de Antônio, que sigue viviendo con su hermanastro, Carlos.

Se trata de una vivienda típica de favela. El espacio es, tal vez, el valor máspreciado en los barrios de chabolas. Para muchos de sus habitantes, la luz natural en el interior de las casas es todo un lujo. A la suya no llega. Incluso en una familia unida, la ausencia de intimidad equivale a disputas que pueden estallar en cualquier momento.

Para acceder a la puerta principal, hay que pasar en fila india por una callejuela larga y estrecha que no tarda en ser engullida por la oscuridad. Durante la estación lluviosa, está siempre húmeda, y huele mal. La puerta de entrada da a un vestíbulo diminuto que sirve para dejar los zapatos. Este lleva al espacio común, de unos quince metros cuadrados. De niños, Antônio y Carlos dormían ahí. Además de varios objetos y recuerdos, hay unas imágenes de madera de san Jorge. En ellas la iconografía cristiana se funde con la de religiones animistas africanas, candomblé y umbanda. El centro de toda la actividad social de la casa es una pequeña mesa instalada en el centro de la sala, delante de un sofá de dos plazas y dos taburetes. Las paredes, pintadas de amarillo y desconchadas, tienen grietas en casi todas las esquinas.

En el baño, cuando funciona, cabe una sola persona, y a duras penas. En ese momento no funciona, y constituye un riesgo para la salud. En el dormitorio, pegado a la sala, era donde dormían los padres de Antônio antes de que el padre muriera. Contiene una cama y una cómoda tan pequeña que no se sabe si pertenece al mundo real o a una casa de muñecas. A partir de este momento, Antônio, Vanessa y el bebé compartirán esa habitación.

Las viviendas como esa, que se encuentran repartidas por todo Rocinha, albergan normalmente entre cuatro y diez personas, que muchas veces duermen unas pegadas a otras. Los más pobres viven en lo que, en el mejor de los casos, puede

describirse como refugios de madera, cemento o chapa metálica, sin servicios ni aseos. El suministro de electricidad y agua va extendiéndose por la favela y colina arriba, pero sigue siendo intermitente y sujeto a averías largas de las que nadie da la menor explicación.

En el hospital, los médicos han encontrado un problema. Las agujas que Duda lleva en el pecho y los brazos, por las que le administran la medicación, han abierto nuevas heridas. Y la enfermedad impide que estas cicatricen. Es más, siempre que puede, la pequeña se toca las agujas y los tubos e intenta arrancárselos. Y la medicación no le hace efecto. Los doctores explican que la única manera de que reciba tratamiento es recurrir a un catéter especial que penetra muy profundamente en el cuerpo.

Los costes de la enfermedad de Duda no dejan de aumentar. El padre y la madre están agotados. La familia se enfrenta a decisiones muy serias. Hay que hacer algo en el cuarto de baño: si la niña llega a regresar a casa viva pero debilitada del hospital, podría suponer un riesgo para su salud. Los costes del catéter y de la reforma del baño equivalen a más de un año de sueldo, y a Antônio ya no le quedan ahorros. Entretanto, tiene que turnarse con Vanessa junto a la cama del hospital para que ella descanse un poco.

Decide hablar con su jefe, al que siempre ha considerado un hombre decente. Los dos saben que si Antônio renuncia a su puesto de trabajo perderá el derecho a cobrar los noventa reales brasileños (R\$) que el Estado le pagaría durante seis meses si lo despidieran. De modo que le suplica a su jefe que lo despida. El jefe es reacio a la idea. La movilidad de su plantilla es muy alta, y Antônio es el empleado que más tiempo lleva en la empresa, además del mejor trabajador con el que cuenta. Finalmente, el dueño de la empresa acepta despedirlo y le dice que podrá reincorporarse cuando quiera.

Tener que renunciar a su empleo es un golpe para Antônio. Se había adaptado bien a su papel de supervisor. «Tenía que

separar el equipo por grupos —recuerda—, anotar los horarios de cada uno y decidir qué iban a hacer; además, claro está, de seguir con mi trabajo en las entregas... Teníamos unas dos mil revistas que distribuir en una zona de la ciudad en la que casi es imposible conducir... Todo se hacía a pie.» Todo ello resulta un entrenamiento muy eficaz en logística, y además supone adquirir experiencia en la delegación de responsabilidades al personal más joven.

Además, las cosas estaban a punto de mejorar aún más, porque Antônio había invertido sus escasos ahorros en aprender a conducir. Acababa de aprobar el examen, y ya podría hacerse cargo de la furgoneta de reparto. Le gustaba su trabajo, y hasta la enfermedad de Eduarda había podido mantenerse a flote y cumplir con su papel más importante, el de velar por su mujer y su hija. «Era feliz —prosigue—. Salíamos adelante, pagábamos las facturas y ahorrábamos un poco. No tenía ninguna queja.» No parece mentir al recordarlo. De hecho, parece añorar ese pasado.

Antônio todavía necesita veinte mil reales. No le gusta el juego. No es un hombre preparado para robar. Todavía iba a pasar un año antes de que un primer banco abriera sucursal en Rocinha y, en todo caso, un hombre desempleado y sin bienes, nacido y criado en la favela, no tendría la menor oportunidad de recibir un préstamo.

Solo conoce a un hombre que puede prestarle ese dinero y que tal vez esté dispuesto a hacerlo. Casi todos en el barrio, y también fuera de él, lo conocen como Lulu. Durante los dos últimos años ha sido el capo indiscutible de Rocinha. Se encarga del negocio de la droga, que compite con las compañías de gas y electricidad por convertirse en el más lucrativo de la favela. Lulu es una fábrica de dinero en efectivo. Distribuye préstamos, normalmente a residentes que quieren comprarse su propio apartamento. Ello le sirve para un propósito doble: con esa práctica potencia una economía local que el Estado

y las instituciones financieras legítimas no cubren o cubren de modo muy precario. Y además recicla los beneficios del negocio de la droga, que de otro modo se verían sujetos a limitaciones legales.

La zona más peligrosa de la favela se encuentra casi en lo más alto de la colina, en la Rua Um («calle Uno»), y es ahí donde Lulu tiene su oficina. Por arriba empieza el distrito de Laboriaux, que no solo ofrece las vistas más espectaculares de Río, sino que parece más limpio y más ordenado que el resto de Rocinha, algo así como la zona más chic de la favela. Allí es, de hecho, donde vive Lulu.

Sin fondos, Antônio medita largo y tendido su siguiente paso. Él nunca se ha metido en cosas de drogas; no las ha consumido ni tiene intención de hacerlo. Le repugna la violencia asociada a ellas, que siempre ha formado parte del trasfondo de su vida. Ninguno de sus amigos de infancia está en el negocio. Todos son, como él, trabajadores: taxistas, albañiles, camareros.

Pero no ve otra salida a sus dificultades económicas. No le comenta su plan a nadie, ni siquiera a Vanessa. Es algo que ha decidido hacer solo.

Antônio le pide a un amigo que está en contacto con Lulu que organice un encuentro. Le faltan dos días para cumplir veinticuatro años cuando, muy nervioso, empieza a caminar por la larga cuesta de Estrada da Gávea. A su izquierda queda una zona conocida como Cachopa. Después llega otro de los dieciséis distritos de Rocinha, Dionéia. Tras la siguiente curva, empieza la Rua Dois («calle Dos»), y más arriba está la Rua Um. Desde ese punto elevado hay vistas de casi toda la Zona Sur —al este, Gávea, que está casi literalmente a un tiro de piedra de allí; después, la laguna, en el corazón de todo, separando el valle de Botafogo de los edificios altos de Ipanema y Leblon; se adivina incluso un poco de Copacabana; y si uno se vuelve para mirar hacia el sur y observa bien, se distinguen algunas de las lujosas villas de São Conrado camufladas por

la selva atlántica—. Este es el mejor punto de observación de Rocinha. Desde aquí se ve a todo el que entra y a todo el que sale. Ahí es donde tiene su oficina el hombre más poderoso de la favela, jefe del negocio de la droga.

Antônio inicia su larga caminata con su amigo. Nervioso pero decidido, piensa una y otra vez en la mejor manera de formular su petición, y en qué ofrecer a cambio. Es Fausto al encuentro de Mefistófeles. Pero Antônio no ansía ni el conocimiento ilimitado ni placeres mundanos. Solo quiere que su hija sobreviva, crezca y prospere. Presiente que su vida está a punto de cambiar, y que es posible que las cosas no acaben bien. Pero, mentalmente, desafía a cualquiera que lo señale con dedo acusador: «¿Y qué harías tú en mi lugar?».

Hay una curva cerrada en el punto más alto de Estrada da Gávea, junto a una pequeña tienda de comestibles. Ahí empieza la Rua Um. Aunque se trata de una arteria clave para el barrio, por ese tramo las personas solo pueden pasar de una en una, en fila india, y una carretilla es capaz de causar un embotellamiento de peatones. Antônio empieza a avanzar por ella; deja atrás bares y colmados diminutos; ve la pescadería a su derecha y la carnicería a la izquierda; evita las cacas de perro, la fruta podrida y las cloacas al aire libre, y llega a un cruce.

Si se toma el desvío de la derecha, el camino no tarda en girar hacia el suroeste, resiguiendo la empinada ladera del monte Dos Hermanos, y finalmente muere en el distrito comercial que hay abajo... donde se llega a la normalidad.

Si se sigue hacia la izquierda, se entra en el feudo tradicional de la venta de drogas. Puede dar la impresión de que hombres, mujeres y niños dormitan o charlan indolentes, pero en su mayor parte observan a los forasteros que se dirigen a la oficina de Lulu. La gente se va pasando la información del avance de los recién llegados, y el equipo de seguridad de Lulu está listo para recibirlos de la manera que considere más adecuada —bien con decidida hostilidad armada, bien con apa-

rente indiferencia—. Si uno no vive ni trabaja al final de la Rua Um, ha de tener un buen motivo para pasarse por allí.

Antônio sigue hacia la izquierda. Pero, en su caso, el dispositivo de seguridad no desconfía porque su amigo resulta familiar. Cuando llega a lo más alto, le falta un poco el aliento y sigue nervioso. Ha tardado mucho en tomar la decisión de subir hasta el final de la Rua Um, pero ahora está resuelto a seguir adelante.

Antônio culmina su caminata hasta lo más alto de la colina más empinada. Al llegar a su destino, entra por la puerta delantera. Nunca, en los veinticuatro años que tiene, ha imaginado un cambio tan fundamental en su vida como el que esa peregrinación está a punto de desencadenar.